

gún sabio ha predicho, ni cálculo humano acierta á explicar, prorrumpe en esta exclamación: Ó está padeciendo el Dios de la naturaleza, ó la máquina entera del mundo va á disolverse; *aut Deus naturæ patitur aut tota mundi machina disolvetur.*

Sí: la naturaleza está de luto por la muerte de su Hacedor. Parece, dice San Jerónimo, que el luminar del mundo retira sus rayos, para no ver á su Señor y Creador colgado en un infame patíbulo. No quiere el Astro del día prestar su lumbré á los sayones que escarnecen al Inocente, y ya que los hombres no se compadecen de sus dolores, los mudos elementos manifiestan, como pueden, su compasión. En todo se muestra el Redentor Dios omnipotente y hombre pasible. Mientras más se desangra y se debilita, más ostenta su poder, no ya deteniendo al sol en su carrera, como Josué, sino privándolo totalmente de su claridad; y no por breves instantes, sino casi las tres horas enteras que permanece vivo sobre la cruz.

Entretanto, se aprovecha del comparativo silencio que imponen las tinieblas á sus verdugos, y de la soledad en que lo dejan, para orar á su Eterno Padre, no sólo por los circunstantes, sino por nosotros también, Hijos míos, y por toda la raza delincuente del mísero Adán. ¡Poderosas oraciones, en verdad! El Eterno Padre las acoge benigno, y le concede la salvación de los pecadores, *exauditus est pro sua reverentia* (HEB. V, 7); pero á condición de que cargue el Redentor sobre sus espaldas no tan sólo nuestros pecados, sino también la indignación, el abandono, el desamparo divino que éstos merecen. Ahora no viene, como en el huerto, un ángel á confortar

al Salvador; y Él, que antes no pudo ver el sudor sanguíneo de su Hijo unigénito sin enviar á uno de sus ministros á consolarlo, ahora ve impasible los torrentes de sangre que brotan de sus incontables heridas, y no se digna mandarle de lo alto el más ligero alivio.

Ya van casi tres horas que está pendiente de la cruz el Hijo delicado de la Virgen de Nazaret. Parece que de nuevo abre los labios y quiere murmurar alguna plegaria. Acerquémonos, amados oyentes, acerquémonos; ya está casi exánime, y agotadas sus fuerzas por la sangre vertida, imposible nos será recoger sus acentos, si no nos pegamos casi á sus labios. ¿Qué digo? Oid, oid el grito sonoro con que hace estremecer las rocas del Calvario y los muros de Jerusalén. No es más estrepitosa ni más retumbante la voz del Jefe que ordena el asalto á las numerosas huestes que acaudilla. Ni aquellas trompetas, que con sólo su penetrante sonido hicieron caer desmoronadas las murallas de Jericó, pueden compararse con este clamor maravilloso que hace temblar la tierra, conmueve los aires, y, como dicen los Santos Padres, penetra hasta el fondo del infierno. Es el grito, no de la víctima que muere porque no puede escapar á la muerte, sino de un Dios que da la vida porque quiere, como le place, y en el momento que le conviene. Este grito sonoro no es una queja que le arrancan los dolores físicos, no es un acto de impaciencia no reprimida: es el principio de una nueva plegaria, y una manifestación de su humanidad, que hace quien, apagando el sol, acaba de mostrar su divinidad.

Dios mío, dice, repitiendo las palabras del Salmo XXI que cantara en otro tiempo David, Dios mío, Dios mío,



¿por qué me has desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* ¡Tú desamparado, Señor! ¡Tú abandonado de tu Eterno Padre, de quien nunca te separas, que es uno contigo, que siempre te oye, que á tus ruegos acaba de convertir al ladrón y de perdonar á los pecadores! ¡Tú desamparado! Misterios son estos que tenemos que penetrar.

Sucedé con los mártires y con los santos, que aunque padezcan horrorosos tormentos, aunque sean víctima de penas terribles, el Señor los recrea, no obstante, con visiones celestes ó consuelos interiores, de tal suerte que todo lo sufren, todo lo sobrellevan con paciencia, con resignación, con alegría. Así cuando apedreaban á San Esteban, vió éste los cielos abiertos, y á Jesús por quien daba la vida, sentado á la diestra del Padre, y convidando al mártir al eterno reposo. Otras veces, por el contrario, se aleja el Señor de sus escogidos, y en medio de las mayores pruebas y de las más espantosas tribulaciones, los deja, al parecer, abandonados á sus propios recursos, y permanece, si así puedo expresarme, espectador frío é indiferente de sus luchas y sus victorias. Así nos cuenta Santa Teresa que á ella sucedió largos años; y este aparente abandono fué para ella, como para todas las almas piadosas, el tormento mayor.

Con estos ejemplos, aunque de una manera imperfecta, podréis comprender de qué clase de desamparo se lamenta el Señor en la cruz. Lo ve su Eterno Padre coronado de espinas, todo llagado y agonizante en un patíbulo; y allí lo deja sin desclavar los hierros que perforan sus pies y sus manos, sin trocar el madero por el trono que merece el Rey de la Gloria. Y no es esto lo más

doloroso. Dejando que prevalezca ahora en su Hijo querido la parte inferior (como dicen los Teólogos) la humana naturaleza con todas sus enfermedades y miserias, no viene la divinidad en su ayuda, sino que la abandona, por decirlo así, á sus propias fuerzas para que los padecimientos sean mayores, y la obra de la redención más perfecta.

Cristo buscó Él mismo este desamparo, Él lo quiso, Él lo pidió. Nuevo Isaac, no se contentó con extenderse voluntariamente sobre el ara, sino que llevó Él mismo la leña que había de consumirlo. Como Sansón, entregó de buen grado á la infiel Sinagoga la cabellera que le daba su robustez, reclinando la cabeza sobre la cruz y rehusando todo consuelo. El sacrificio debía ser perfecto, y á esta perfección convenía el abandono.

¿Pero por qué se lamenta entónces del desamparo? ¿Por qué al menos nos lo revela de una manera tan clamorosa? Oid, hijos míos. ¿No os ha sucedido muchas veces en vuestras amarguras y tribulaciones, que las juzgáis superiores á vuestras fuerzas, y os lamentáis de que vuestra humana naturaleza es incapaz de soportar un fardo tan pesado? ¿No os ha sucedido que al citaros el ejemplo de Cristo, y al enumerar para consolaros, sus amargos padecimientos, habéis exclamado: Él era Dios, nosotros somos hombres? Quizás en vuestro interior lo habéis juzgado en cierto modo impasible, dotado al menos de una insensibilidad que lo hiciera impenetrable al dolor y le diera tenaz resistencia para las penas.

Para evitar este erróneo concepto; para probarnos que padeció, y padeció mucho, que era tan sensible, y más aún que nosotros, que su sacrificio fué completo, que fué no



sólo verdadero hombre, sino tierno y delicado cual ninguno, para estos fines exclamó con aquella voz atronadora: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?* ¡Ah! En ese momento sentía sobre sí todo el peso de la ira divina por los pecados que voluntariamente había cargado sobre sus espaldas. En esos momentos veía al Padre justiciero volver airado el rostro, y apartar sus miradas de los endurecidos pecadores; y como Jesús á todos representaba, como Jesús llevaba las culpas de todos, sentía como propio este abandono, y lo hacía conocer á los hombres, causa de sus tormentos, á los ángeles que lo rodeaban, á las potestades infernales que le hacían una guerra tan cruda. ¿Qué maravilla, pues, que clamara: *¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?*

De otro desamparo se queja el Señor, que todavía más le atormenta. Sus discípulos han huído, el pueblo Hebreo, su pueblo favorecido y predilecto, lo abandona, y preferirá andar errante sobre la tierra hasta la consumación de los siglos, más bien que confesar su error y volver sobre sus pasos. Muchas naciones se negarán absolutamente á conocerlo: otras muchas, después de haberlo confesado, renegarán de su santísimo Nombre. Después de tantas penas, tras de tantos padecimientos, se encontrará casi solo, desamparado aun de los que más haya favorecido. ¡Horrible aislamiento! Decidme, Hijos míos, ¿no tenía el Señor justicia para quejarse del desamparo en que lo dejaba su Eterno Padre? Y lo que es peor, nosotros, nuestro pueblo, nuestra patria, presentes entonces á sus ojos, fuimos causa de su dolor. Hemos renegado de nuestro Salvador; nos hemos disper-

sado al ver herido al soberano Pastor de nuestras almas, nos hemos avergonzado de Él, y quisiéramos borrar hasta el dictado de cristianos con que nuestros padres se honraron. Debiendo todo al catolicismo, nos parece que el pertenecer á la Iglesia Católica nos deshonra, y que para ser civilizados y grandes es menester salir de su gremio. ¡Y esto en la tierra que descubrió Colón guiado por la Cruz, que civilizó Cortés á la sombra de la Cruz, que se erigió en nación independiente, siempre tremolando la Cruz!

¡Cristianos que me escucháis! Bien sabéis que lo más terrible en la muerte, es el tener que emprender el viaje postrimero solos, sin amigos, sin patronos. Conocedores de las amarguras del aislamiento, no amarguemos más el de Jesús en este día con una vergonzosa huida. Acercuémonos á la cruz en espíritu y en verdad, llorando nuestras culpas y gloriándonos de ser discípulos del que oró por nosotros en el patíbulo. Con nuestra reverencia y amor, con nuestros obsequios y adoraciones, compensemos la maldad de aquellos miserables, que al oírlo exclamar en Hebreo, *Helí, Helí, Lamasabactani*, dijeron: *Eliam vocat iste*. Es tan miserable el que se proclamaba Hijo de Dios, que llama al Profeta Elías á librarle del patíbulo de que es incapaz de bajar. Borremos con nuestras lágrimas tamaña blasfemia, y acompañémosle hasta el fin en su agonía.



## QUINTA PALABRA.

*Sitio.*

Tengo sed.—JOAN XIX, 28.

A vosotros, amados oyentes, nacidos y educados en climas ardorosos, acostumbrados á largos y penosos viajes bajo un sol abrasador y por regiones en que el agua escasea, no necesito, en verdad, ponderaros los tormentos de la sed. Sin que os lo encarezca, comprenderéis la imprudente avidez con que los soldados de Alejandro Magno, después de haber atravesado el desierto, se lanzaron á las aguas del Oxo, bebiendo en tal cantidad, que los que no habían perecido de cansancio murieron al apagar la sed, y ocasionaron al Conquistador mayores pérdidas que la batalla más sangrienta. *Multo major horum numerus fuit quam ullo amiserat praelio*, dice el historiador Quinto Curcio (l. VII). En el desdichado que á la fatiga y á la falta de alimento y bebida, añade el ardor de la fiebre ó el escozor de una herida, el tormento de la sed es insuportable; y veréis en los hospitales de fe-

bricitantes y en los campos de batalla, que casi es lo único de que se quejan los dolientes, y que todo sufrirían menos esa sequedad insufrible de las fauces, todo darían por un trozo de hielo, ó siquiera unas gotas de agua cenagosa.

Ved ahora á Jesús, que desde que apuró en el Cenáculo el sagrado cáliz, hace casi veinte horas, no se ha refrigerado con alimento ó bebida de ningún género. Exhausto estaba ya con el sudor de sangre en Getsemaní cuando, guiados por el traidor discípulo, lo prendieron sus enemigos. Lo han llevado de un juez á otro juez durante la noche, lo han tenido en el Pretorio, no sólo privado del sueño, sino azotado, y maltratado, y abofeteado. Con el día se han acrecentado sus tormentos; y cuando el sol ya lanzaba su ardiente fuego, ha recorrido las calles de Jerusalén con la cruz áuestas, sin un momento de descanso, sin un instante de tregua. Despojado de sus vestiduras, se le ha clavado en la cruz, desde antes de mediodía, y hace casi tres horas que está colgado del madero, sostenido por clavos que desgarran sus pies y sus manos, expuesto á la intemperie, y sin que la oscuridad milagrosa que ha sobrevenido sirva ya para mitigar el escozor de sus innumerables llagas. No es maravilla, pues, que tras tanto sufrir con inalterable paciencia, exclame al fin: *sed tengo, sitio*.

Pero ¿por qué cuando aquellas piadosas mujeres lo seguían llorando por la calle de la amargura, no les pidió una gota de agua, que le habrían dado de buena gana, más bien que detenerse á dirigirles palabras de consuelo? ¿Por qué cuando la compasiva Verónica le enjugó el rostro con su velo, no le manifestó la sed que lo atormentaba?



¿Por qué cuando al ser clavado en la cruz, descubrió á su divina Madre y al amado discípulo, no les pidió el favor, que ahora en balde implorará de la enfurecida soldadesca?

Habéis notado ya la suma entereza, la admirable presencia de ánimo con que se dispone á morir, y todo lo ordena, y en todo piensa. Ha repasado las Sagradas Escrituras, ha recordado una á una las profecías, y encuentra que todas han tenido su cumplimiento. Como cordero será conducido al matadero, dijo Isaías (LIII, 7), y como corderillo que ni un balido lanza siquiera se ha dejado llevar á la cruz. Sobre mi espalda han construido los pecadores triste edificio de iniquidad, cantó David, *supra dorsum meum fabricaverunt peccatores* (Ps. CXXVIII), y las huellas que aún ostentan de los azotes sus sacratísimas espaldas, prueban que se ha cumplido la predicción. *Faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me*, dijo de nuevo el Profeta (Is. L, 6), y las señales de sus ajadas mejillas muestran que no las apartó en verdad de los que lo herían y afeaban. Estaba escrito que oraría por los delincuentes, *et pro transgressoribus oravit* (ISAÍ. LIII), y es lo primero que hizo en el patíbulo. Había predicho de sí mismo, que al ser elevado sobre la tierra todo lo atraería hacia sí, *ego autem si exaltatus fuero a terra omnia traham ad meipsum*, y apenas había estado pocos minutos en la altura de la cruz, cuando consumó la más difícil de las conquistas, convirtiendo en amigo y discípulo, al enemigo y compañero de suplicio, que antes blasfemaba de su nombre. Pero también está escrito del Mesías: Me dieron hiel por alimento, y en mi ardiente sed con vinagre quisieron extinguirla: *dederunt in escam meam fel, et in siti mea potaverunt me aceto*

(Ps. LXVIII), y como lo han visto hasta ahora tan paciente y callado, nadie le ha propinado los desagradables brebajes de que habla el Salmista; y para que se cumpla en su totalidad la Escritura, manifiesta en voz alta la sed que lo devora. *Ut consumaretur Scriptura, dixit: sitio.*

Pero ¡oh Señor! la sed de que te quejas no es de agua, como aquella vez que, al borde del pozo de Jacob, pediste de beber á la Samaritana. Si es para que se acabe de cumplir la Escritura, si es para excitar á tus verdugos á que ofrezcan la hiel y vinagre que no has de beber, tu sed es de padecimientos, sed de privaciones y de penas, de más tormentos y más y más dolores.

Así es en verdad, Hijos míos. No es tanto la sed corporal la que devora á Jesucristo y tiene su sagrada lengua seca y pegada al paladar, como predijo David (Ps. XXI), sino una sed espiritual, una sed insaciable de hacer la voluntad de su Eterno Padre, de padecer por nuestro amor, de la salvación de nuestras almas. Empapad, oh sayones, la esponja en la amarguísima hiel, empapadla en el vinagre y ofrecedla al que os manifiesta sus sufrimientos. ¿Creéis con esto burlarlo, atormentarlo, injurarlo? Os engañáis; no es refrigerio lo que pide. Lo que hacéis es cooperar, sin saberlo, al cumplimiento de las profecías y apagar la sed que consume á Jesús de trabajos y penas.

¡Pecadores! Vosotros habéis mil veces experimentado esa sed que engendra la culpa en el obstinado que con ella se embriaga. Mientras más se peca, más se quiere pecar; no sacia el placer; un goce hace desear otro mayor, y quizás habéis alguna vez exclamado, como el impío que



nos dice el Sabio: No haya prado florido, no haya vergel, ni campo, ni valle donde no deje huellas nuestra lujuria. *Nullum sit pratum quod non pertranseat luxuria nostra* (SAP. II). A esta sed abominable de aguas inundadas y de fétido cieno, quiere el Señor corresponder con otra sed igual de padecimientos y dolores, con otra sed más ardiente de las puras y límpidas aguas del sufrimiento. No le bastan los azotes y las espinas, los clavos y la cruz; quiere hiel, hiel amarga que atormente su lengua, único miembro que aún no han tocado los crueles sayones.

Si en todas ocasiones el celo de la casa del Señor ha devorado á su Cristo, hoy más que nunca consume sus entrañas, y produce esa sed ardiente de que su sangre aproveche á todos los pueblos y naciones, á todas las razas é individuos, esa sed que no puede menos que dar á conocer al universo. De nosotros, amados oyentes, depende el apagarla. Toca á nosotros el darle á beber, no hiel y vinagre como los pérfidos judíos, sino el suave rocío de nuestro amor. Es nuestro deber el contribuir á la salvación de nuestros semejantes, predicando por donde quiera las doctrinas del Crucificado, apartando á nuestros hermanos descarriados del mal, atrayéndolos con la palabra y el ejemplo, al recto sendero.

¡Oh amable Redentor! ¡Cuánto me enseña ese breve vocablo con que antes de morir expresaste tu sed! A tu voz habrían venido los arcángeles con áureos cálices henchidos del suave néctar de las viñas celestiales. Con sólo quererlo, habrías podido hacer que una nube milagrosa te librase del calor del sol, y al propio tiempo te refrescase con copiosa lluvia que sirviera de saludable bálsa-

mo á tus heridas, y apagara el ardor de tu paladar. Pero quisiste sufrir en silencio largas horas; y cuando al fin desplegas tus labios es para pedir. . . hiel y vinagre. Siga yo tu ejemplo, y aprenda, como enseñaste á tu sierva Catarina de Sena, á tener lo dulce por amargo, lo amargo como dulcísimo almíbar. Aprenda yo á sufrir con paciencia como la tuya las horas de dolor, largas ó breves, que te sirvas enviarme, las penalidades de la pobreza y las persecuciones; por lo menos si más pruebas no me mandares, las inclemencias del tiempo y la crueldad de las estaciones.

Hubo santos que después de Jesús tuvieron, como él, sed ardiente de padecimientos mayores. ¿Recordáis al diácono Lorenzo, que asado á fuego lento en dolorosa parrilla, ansía por mayores sufrimientos y grita al tirano: "Ya está bien asada la mitad de mi cuerpo. Manda que lo vuelvan del otro lado, y si te agrada come lo que ya está condimentado?" Sublimes palabras, Hijos míos, que á un espíritu superficial podrán parecer trivial injuria de víctima impotente; pero que al cristiano observador suenan como poética paráfrasis del *sitio* de Jesucristo, como la valerosa expresión del hambre del mártir de padecer mayores y más lentas torturas por su Señor y Redentor. No nos será fácil dejarnos devorar de una sed tan ardiente de penas y dolores: no á todos los mortales es dado ser héroes; pero ¿qué cosa más fácil que tener hambre y sed de que se cumpla la voluntad del Señor, y consagrar á este fin nuestras acciones más triviales? Sufrir Jesús pacientemente, y sin proferir una palabra, el ardor que seca su garganta, y lo habría soportado de igual manera hasta la muerte, si no fuera porque el cum-